Julien Gracq

LA CASA

PERIFÉRICA



LA CASA

JULIEN GRACQ

TRADUCCIÓN VANESA GARCÍA CAZORLA

EDITORIAL PERIFÉRICA

SERIE MENOR, 17

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2024
TÍTULO ORIGINAL: *La Maison*

info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-00-8

Una docena de kilómetros antes de llegar a A., la carretera principal, que allí comienza a descender suavemente a través de unas bajas mesetas de generosas ondulaciones hacia el valle del río M., discurre, a lo largo de medio kilómetro, por una mancha leprosa en mitad de un paisaje boscoso, una superficie campestre hostil y desierta en grado sumo. En aquel entonces, durante la Ocupación alemana, viajaba casi todas las semanas desde V. hasta A. en el autocar, destartalado, abarrotado y con olor a cerrado, que aún las unía, y, estando de pie, igual que casi siempre, en el pasillo, en el que los viajeros íbamos hacinados como sardinas en lata, era raro que, pasado el adoquinado, lleno de baches, del pueblecito de G., un secreto rapto de curiosidad no me hiciera agachar la cabeza para mirar a través de la empañada ventanilla con el fin de atisbar, en un recodo de la carretera, la desembocadura, que ahora conozco tan bien, de una honda vereda, el robledal y el mojón blanco desde el cual comenzaba la visión del paisaje más repulsivo, desolado y de lúgubre uniformidad que creo haber visto en mi vida.

Me sería difícil decir qué singularidad manifiesta atraía cada vez mi mirada con semejante magnetismo hacia aquella zona estrecha, pareja al arañazo de un dedo malévolo por entre unos sembradíos ordinarios y feraces. En resumidas cuentas, apenas si era eso que en Poitou habrían llamado barzal, una enmarañada superficie de arboledas de robles y castaños desmedrados que primero ascendía por una suave cuesta desde la carretera y luego, más allá de una hondonada muy abierta, se elevaba hacia el horizonte por una pendiente más acusada, hasta llegar a una línea de rocas de arenisca blanquecina que acababa por romper la fina película del suelo. Un erial, el erial, eso sí, más rebelde al hacha, el más abandonado que se pueda imaginar. En mis recuerdos, aun remontándome al más lejano, nunca lo he visto verdear. Con su hirsuta broza, a la vez compacta y enfermiza; sin senderos ni veredas; con su leñoso suelo tapizado de hojarasca podrida; con aquellos robles enanos, que, alzando barricadas a unos pasos de la carretera con sus retorcidas y adustas ramas, impedían ver lo que había en las profundidades, y, en todas las estaciones, desvaído por una apagada grisura caliza del color polvoriento de una tierra de brezos y hojas secas, aquello era un baldío de lo más miserable y malsano, una tierra yerma de la que la mirada se habría apartado como si de una sanies se tratara de no haber sido por el inesperado edificio, acaso a unos trescientos o cuatrocientos metros de la carretera, que amedrentaba a aquella

fronda calcárea y nocturna como si fuera una bestia pesada acechando, solapada y avizora, en mitad de aquellas soledades.

La casa, inesperada como digo, pues en aquel rincón, el peor de un paisaje sordo y mudo, semejaba, divisada desde la carretera, una de esas mansiones pretenciosas y de aspecto mediocre que el nuevo siglo ha multiplicado en las playas de segunda categoría. La construcción, demasiado alta para su anchura, estaba estrujada entre dos avant—corps que rebasaban ligeramente el frontispicio y que, bajo un voladizo de pizarra, muy prominente y sostenido por una carpintería tallada de manera tosca, estaban rematados por dos afilados hastiales, cada uno de ellos horadado, en lo alto del tejado de la fachada, por sendos agujeros negros: los de dos ventanas abiertas. Vuelvo a ver la casa bajo el cielo entoldado e inmóvil de aquella tarde de octubre en que me vino al pensamiento la idea de que algún día tendría que acercarme a visitarla. Desde la carretera parecía estar estrechamente encajonada en la espesura, hundida en las profundidades de las ramas como una barca sobrecargada en el fondo del mar. Únicamente asomaban la parte superior de las ventanas del piso de arriba, la línea de la techumbre y, con mayor claridad, los dos cuerpos salientes, que alzaban sus hastiales y sus vigilantes ventanas, y, por encima de la superficie de matorrales, muy homogénea y levemente inclinada, la vista, que, desde el autocar, se encontraba a la misma altura que aquéllas, en el acto se sentía imantada por ellas lo mismo que, al deslizarse por la pendiente de un glacis. se eleva por todos lados atraída hacia la achaparrada mole del fuerte que la vigila. La casa batía toda aquella extensión aleonada y bermeja.

No obstante, sumada a aquella primera y confusa impresión de alerta —impresión de todo punto instintiva de la presencia en la maleza de una fiera agazapada que levantaba la cabeza lo justo para poder rastrear los alrededores con la mirada—, cundió en mí una sensación asimismo vivida de que había un no sé qué grotesco que rayaba en lo ridículo, una especie de fantasía mezquina y triste. Todo en aquel irrisorio edificio de recreo infundía un sentimiento de abandono y de precoz decrepitud: el crecimiento salvaje de los embrollados ramajes que golpeaban los muros por doquier; la calidad pobre y ruin de toda la mampostería; el deterioro de las ventanas, en parte arrancadas; la carpintería, desvencijada, desprovista de pintura, clareada y blanqueada por la lluvia desde mucho tiempo atrás, del color de una osamenta seca manchada por los sucios regueros de las precipitaciones. Larvaria, inhabitable, torcida, solapada, dormida allí a plena luz del día como un murciélago aferrado a unas ramas secas, aprisionada por aquel bosque, propio de una pesadilla, en el que nadie podría imaginar siquiera el gorjeo de un pájaro, y, aun así, turbiamente viva por la ciega mirada de sus dos ventanas, diríase que

era el lugar de cita predilecto de un Cazador Negro, la casa donde uno elegiría ahorcarse, un refugio para la más funesta viudedad. Tras un buen rato creyendo que la había perdido de vista, una ondulación del terreno en la sinuosa carretera la devolvió al horizonte del bosque, y la veía virar lentamente en función de los meandros de la vía; aparecía de tres cuartos, luego casi de perfil, con sus dos hastiales plegados uno sobre otro, casi tocándose, y, sobre la luz blanca se dibujaba entonces la filigrana, casi invisible, de una veleta descoyuntada; a continuación, un desnivel del terreno brindaba una vez más el ameno paisaje de unos sembrados, y el rumor de las voces campesinas, que siempre se apagaban al pasar por aquellas landas ociosas, parecía adquirir un tono más alto.

Semana tras semana —alzándose entre la bruma o tocada por la luz de yeso de un cielo blanco al que le confería un aire avejentado y amarillento— aquella aparición que volvía a fijarse en la manida e indiferente película del viaje no era tanto una imagen, sino un inesperado guiño del mal de ojo, una nube de preocupación que se cernía sobre el alma, un vago desfallecimiento y una mengua de la luz. Una tarde de noviembre, el autocar me dejó en la carretera, a una legua de G. El tiempo estaba fresco y lluvioso; declinaba el día. Me aguardaba una jornada de escasa actividad y necesitaba despejar las dudas sobre el extraño hechizo que ejercía sobre mí aquel bosque sin alegría.

No estaba de humor. Puesto que los autocares se cruzan en G. con una hora de intervalo, había pensado aprovechar ese breve rato para echar un vistazo al edificio, pero no había tenido presente el deterioro de los vehículos en aquella época de viajes arriesgados. Una avería en el motor paralizó el autocar, por lo que habría de transbordar a un vehículo de emergencia; en pocas palabras: llevaba tres horas de retraso y, contrariado como estaba, no distaba mucho de atribuir aquellos percances al aura de aquel lugar malhadado. Decididamente el tiempo se había puesto lluvioso, una llovizna tupida, persistente; ya estaba atardeciendo. Ante mí, bajo el silencioso aguacero se extendía, hasta donde alcanzaba la vista, la serpentina azul acero de la carretera, completamente vacía, a cuya orilla se agazapaban unos matorrales sospechosos. Con aquel tiempo de perros, el paseo que por simple curiosidad me había prometido estaba adquiriendo el cariz de una investigación policial, y, maldiciendo mi retraso, empecé a pensar que, envuelto en aquella penumbra crepuscular, cualquier encuentro en las inmediaciones del edificio sería motivo más que suficiente para desazonarme.

Por lo demás, tampoco podía plantearme desandar lo andado. A la intemperie bajo aquel cielo convulso, con el olor de las hojas y el viento húmedo, con aquel silencio sofocante y de pronto impenetrable

del páramo, el sentimiento de alarma que a cada paso impregnaba mi alma —peculiar virtud de aquel lugar— se tornó sensiblemente más opresivo. Sobre aquella espesura empapada y sin pájaros, la tarde caía más rápido que en otros sitios. Los sonidos, tenues y nítidos: el crujido de las ramas y el débil silbido del viento en un pino solitario apagaban el insignificante murmullar del baldío; bordeando la maleza en medio de aquella niebla lluviosa, caminaba como envuelto en una sombra audible: toda la carretera, silenciosa y acechante, no era sino una oreja pegada a la linde del bosque. Sin embargo, aquel lindero se extendía sin brecha ni grieta, y me sentía desorientado: los matorrales, algo más altos que yo, camuflaban ahora la punta de los tejados, que tan claramente se veían desde el autocar. Tras unas cuantas idas y venidas de lo más azarosas por aquel camino, delante de aquel absurdo obstáculo, momentáneamente me entraron ganas de cejar en mi aventura, pero me pudo la curiosidad. Probando suerte cerca del hito que marcaba el centro aproximado de la linde, crucé de un salto un foso lleno de agua y me adentré en la maraña. Apenas había dado unos pasos cuando, en el interior del bosque, a trescientos o cuatrocientos metros de distancia, oí dos disparos.

Me quedé paralizado unos segundos, completamente perplejo. A todas luces, mi paseo se volvía menos encantador a cada momento que pasaba. Los disparos que había sentido eran sin duda los de un rifle de caza; al fin y al cabo, no había nada extraño en que alguien batiera aquellos bosques, pues todo indicaba que abundaba la caza. Pero la cacería estaba prohibida en los días de la Ocupación —se confiscaban las armas— y pensé que, si una partida de oficiales alemanes hubiera llegado procedente de A., los vehículos que los habían transportado a buen seguro estarían aparcados a lo largo de la carretera. Que aquellas detonaciones provinieran de un lugar impreciso fue lo que, de manera instintiva, más me estremeció por culpa de la desagradable experiencia que había vivido en el pasado. Una y otra vez me asaltaba el recuerdo —un recuerdo ingrato de los tiempos, aún recientes, de la guerra— de una toma de contacto. Mis nervios recordaban muy bien que, tras haber acabado inesperadamente en medio de una lluvia de disparos que, sin que ninguno de nosotros supiera a quién iban dirigidos, nos llegaba desde detrás de los arbustos, no nos habíamos atrevido a perder la dignidad tumbándonos ni a movernos de forma que pudiéramos llamar la atención, por lo que caminamos un trecho agachándonos bruscamente y levantándonos con brío, como quien se da un remojón a toda prisa, angustiados a más no poder; en resumidas cuentas: de pronto tuve la sensación, absurda y al mismo tiempo extremadamente precisa, de que el bosque estaba en cierto modo ocupado. Aun así, nada se movía a mi alrededor en aquella espesura saturada de agua. El suelo, erizado

de tocones y recubierto de musgos putrefactos, entorpecía la marcha —no había rastro de sendero alguno— y cada dos por tres metía los pies en charcos, hoyos que eran verdaderas esponjas. Era extraño que una vegetación tan enclenque y contrahecha diera una impresión tan profunda de ferocidad y decrepitud. Resultaba imposible imaginar una maraña más enrevesada, una maleza más recóndita para construir una madriguera; parecía un lugar reservado para la gloria de una red tendida con presteza o para el júbilo de las fieras nocturnas. Caminando, no sin dificultad, tenía la sensación de estar ya muy lejos de la carretera. No es que corriera el riesgo de perderme, ya que la hondura del bosque parecía escasa columbrada desde el autocar y, mal que bien, lograba orientarme mirando de vez en cuando al cielo gris, en el que el viento del oeste empujaba las nubes con celeridad, pero encontrar la casa en aquel laberinto de zarzas era cada vez más incierto. En cuanto me detenía para acallar momentáneamente el sonoro crujir de las ramas rotas que dejaba a mi paso y así poder aguzar los oídos, lo único que sentía era el silbo agudo y destemplado de las ráfagas de aire peinadas por las ramas cortas, un silbido que, de rato en rato, cuando el viento soplaba más frío, se alzaba por encima de una especie de lejano fragor de pleamar proveniente de los pinos que aquí y allá se encorvaban hacia los matorrales secos. Ya fuera por la contagiosa tristeza de aquel bosque infame —el efecto de la especial perversidad que mi mal humor leía en los contratiempos que había padecido aquella tarde—, ya por el baño helado en que enseguida se había convertido mi paseo por aquel sotobosque anegado en agua, el caso es que poco a poco había alcanzado un grado de enervamiento y consternación que rayaba en lo ridículo. Un riachuelo crecido por la tormenta que me impedía el paso me desalentó de pronto; me senté en un tocón, en vano intenté encender un cigarrillo en medio del húmedo viento y me crucé de brazos, de vuelta de todo, acurrucado bajo el aguacero: la viva imagen, gredosa y empapada, del descorazonamiento.

¿Por qué sucede que en ciertos minutos privilegiados de nuestra vida, minutos de aparente vacuidad y de muy baja tensión en los que nos abandonamos a la corriente y nos dejamos llevar por nuestros pies, el muro voluntario que nos resguarda del infinito poder de sugestión emboscado en las cosas vacila y se disuelve de golpe, y con ello somete a una suerte de gravedad innata y ciega lo que deberíamos llamar nuestra materia mental para convertirla en presa de una atracción sin respuesta, al tiempo que desencadena en nosotros un sentimiento confuso tanto de letargo de la voluntad como de casi escandalosa libertad? El estado de gracia, en su forma sensible más inmediata (algunas de ellas apenas son tranquilizadoras), tal vez se alcance al precio de que el alma consienta en reconocer de buena fe

que también ella posee la capacidad material para magnetizarse, para gravitar, que existe una dependencia de fuerzas que, en lugar de enfrentarla contra sí misma en un elaborado teatro de imágenes vanas, la atraen y la apartan en masa, la someten a bruscas ocultaciones, a eclipses totales difíciles de calcular y, en un cielo dividido entre atracciones ciegas, la hacen cambiar sin otro motivo válido inmediato que el que tiene una tierra muerta para pasar abruptamente de la sombra al sol. Sobre el telón de fondo de mi sombrío humor, y aun antes de que el sol inundara aquella landa, escampó en el sentido amplio de la palabra. El fuerte sentimiento de contrariedad, en este caso literal, que toda la tarde había dominado mi ánimo desapareció. Me sentí aliviado del peso de aquella tristeza. La lluvia cesaba; inexplicablemente cálido, un desvaído rayo de sol se colaba entre las ramas; a mi alrededor, el hormigueante rumor del bosque bajo aquel diluvio se transfiguraba, gota a gota, en la suspensión ligeramente alborozada del auditorio de un teatro, y, de buenas a primeras, un pájaro hizo vibrar la luz clareada por el aguacero al cantar, con la voz misma del cielo despejado, dos notas transparentes y calmas. Todo se volvió ligero, accesible, cristalino, fácil —otro mundo—, como si la cortina de lluvia, tras alzarse a sobrevienta, hubiera sido ese fundido encadenado de las películas que en un segundo eslabona las calles a los bosques y los minutos a los años. Como por encanto, allí estaba la casa, ¡apenas a unos pasos!

Casi la toqué con la mano antes de verla, arrebujada como estaba, prácticamente hasta la techumbre, en un enrejado de ramas secas, con sus descoyuntadas contraventanas ya enredadas en los espinos, su balcón de hierro retorcido hundido en la fronda como la pasarela de un barco naufragado. Sin embargo, al primer vistazo que, muy de refilón, pude echar a la parte delantera desde los últimos matorrales, la impresión de avanzada decrepitud que había tenido al observarla desde la carretera se atenuó sensiblemente. Diríase que el bosque se hubiera replegado sobre ella con el rápido movimiento de una banquisa. Lo que ante mí tenía no era ni mucho menos una casa en ruinas. Los muros, de mampuestos oscuros y construidos con sumo cuidado, parecían intactos; las ventanas, con los postigos a medio cerrar, conservaban todos los cristales; únicamente las carpinterías, por completo deslavadas por la lluvia, mostraban una incuria que, a juzgar por el resto del edificio, era reciente. No obstante, el sentimiento de postración que persistía de cerca, y que aún se acentuaba con aquella luz remozada, procedía de otra parte: de la impresión, apenas dilucidada, de un envejecimiento anormalmente rápido, de un agostamiento y de una desgracia excepcionalmente prematura; aquella fachada, más mortecina que muerta, recordaba remotamente a esas contraventanas plegadas que de pronto, una tarde

soleada, al cegar una casa que está de luto, hacen que se cierna el ocaso sobre unas mujeres yermas en vida a causa de una catástrofe, mujeres cuyo cabello se torna blanco de la noche a la mañana. Aquel sol cruel, que habría sido capaz de amansar cualquier edificio en ruinas, dejó impávida aquella faz amurallada, intacta y sin embargo envejecida de un modo macabro, fuera de la circulación, semejante a una cara que, como un mueble, se hubiera cubierto de polvo. Y, en efecto, esa tenaz intuición para trazar analogías que, conforme a nuestros designios más íntimos, siempre asocia la fachada de una casa a un rostro se me reveló entonces sólo para, acto seguido, mudar en angustia: todavía doblegando poderosamente el alma tras largos años expuesta al marchitamiento de aquellos lóbregos estigmas, una puerta se había cerrado para siempre, una luz se había apagado de un soplo, un pensamiento vivo había entrado de súbito en estado de hibernación.

Era evidente que la casa, apenas habitable, estaba abandonada. Aun así, teniendo el espíritu cautivo de un suspense involuntario, aguzaba el oído para escuchar las últimas gotas del chaparrón resbalarse por las ramas en medio de un silencio que no alcanzaba a ser el de una soledad absoluta. De cuando en cuando, movido por la brisa, un postigo percutía la pared con suavidad; en la calma tras el aguacero, alguna que otra vez se despertaba un gorgoteo de agua clara que tintineaba en las losas, todo lo cual evocaba, sin que mediara en ello mi voluntad, la idea de una orden de marchar alerta y de una sutil presencia, de una puerta que de repente alguien empujaría para abrirla. Mientras intentaba penetrar mejor la difusa e insólita impresión de vigilancia que tenía, reparé en que, detrás de una de las ventanas de la fachada, a veces parecía brillar un reflejo tenue y danzante, como si en el extremo opuesto de la habitación el viento batiera a ratos una cortina. Me deslicé sigilosamente entre las ramas hacia la parte trasera de la mansión. El terreno presentaba allí una pendiente bastante empinada en la que se había dispuesto, detrás de la casa, en un plano inferior a ésta, un minúsculo y herboso patio, de manera que, cuando, tras dar no pocos rodeos, hube conseguido un nuevo puesto de observación protegido, me encontré con la casa prácticamente al alcance de la mano, casi a la misma altura que las ventanas de la planta de arriba. Lo que entonces descubrí fue de lo más inusitado.

Visto desde la parte trasera, el estado de descuido en que se hallaba el edificio era igualmente desolador. Una puerta vidriera que se abría en la parte inferior de uno de los cuerpos salientes batía las altas hierbas del patio, sembrado de pizarras rotas; una losa agrietada, hendiendo el muro de arriba abajo, formaba un abanico de chorreones sucios. Únicamente las ventanas de la planta superior estaban

entreabiertas, y la fealdad de toda la casa se disipó de pronto, pues, delante de una de ellas y del estrecho balcón del avant—corps derecho, en diagonal, se deslizaba —veraniego, solar, ajeno al otoño, flamante, incoherente con la húmeda bruma de noviembre— uno de esos toldos con mil rayas de arco iris que el catorce de julio engalanan los paseos marítimos de las playas de moda. El ojo se deslizaba desde aquel balcón propio de Romeo sobre la húmeda espesura que era el patio y descubría los restos del más intrigante almuerzo en la hierba que se pudiera imaginar. En medio de un puñado de esqueletos de los perales retorcidos que rodeaban el patio por la parte que lindaba con el bosque, la alta y empapada hierba estaba hollada e inclinada en todas direcciones en un espacio bastante amplio, como si dos cuerpos hubieran estado tendidos y hubieran rodado por ella. Muy cerca había una mesa de jardín completamente puesta, con sendos cubiertos para dos personas sentadas frente a frente, un mantel, las dos servilletas descuidadamente arrugadas y tiradas al borde de la mesa, una cesta de mimbre con el pan a medio comer y, a ambos lados de la mesa, medio ocultas entre las hierbas, dos sillas de ese falso estilo Enrique II con el que continúan cubriéndose de gloria los salones campestres de Occidente, encerados, pulidos, recargados, relucientes a la luz de sus galerías, pletóricas de esculturas, y de sus sillones con asientos y respaldos de charol. El reflejo verde de la mesa de hierro pintado helaba el empapado mantel, que se pegaba a ella; la vajilla goteaba sobre la hierba desde las esquinas del lienzo.

La sugestión de una presencia inminente y cercana era tan palmaria que sentí una reticencia instintiva ante aquella descarada indiscreción. Pero apenas retrocedí, pues súbitamente prendió en mí la más viva curiosidad. Por más cómica que en un principio pudiera parecerme la imagen que insinuaba la desbandada de los comensales de aquella cena cuando la lluvia los sorprendió, ni siquiera tuve ganas de sonreír. De manera involuntaria, atravesó mi mente la idea no tanto de una partida de campo malograda, sino de una urgencia y una necesidad que escapaban a mi entendimiento al observar todo aquello desde donde me hallaba, completamente desde fuera, como cuando un explorador descubre los ritos de un sacrificio indígena en un claro aislado, así como la idea de que tal vez un grave suceso local hubiera alterado el significado del curso de las estaciones. Al parecer, a la pareja que se había sentado a la mesa en aquellos días de finales de noviembre le había dado igual que lloviera o hiciera sol. En mitad de los negros esqueletos de los perales retorcidos y las lúgubres y altas hierbas de aquella tierra baldía, tanto en la insólita posición, una frente a la otra, de aquellas dos recargadas cátedras empapadas, como en el carácter prácticamente simbólico de unos alimentos —el pan, el agua, el vino— que parecían ser los únicos que habían figurado en la

mesa y que evocaban la idea de una comida más pura que las demás, en comunión, como si se tratara de una liturgia íntima o de una conmemoración solemne, en todo ello había una sugestión de extrañeza en la que lo cotidiano ya no contaba, en la que hasta lo plausible resultaba estéril.

Me quedé yerto varios minutos, creo. El cielo se había vuelto a cerrar; una silenciosa llovizna anegaba el final del día, ya oscuro; la mancha blanca y ampliada del espectral mantel en mitad del claro de bruma exacerbaba aquel frío helador. Una extraordinaria sugestión de abandono y tristeza que iban más allá de las palabras, más allá de todo consuelo, me encogía el corazón ante aquella cena vacía, aquella mesa puesta para la noche invernal y rodeada de musgos podridos y bosques negros: el presentimiento confuso y obsesivo de un viaje sin retorno, de una despedida paralizante y fúnebre, de una última y condenada fracción del pan. Desde las ramas, una a una, las gotas heladas empezaron a resbalarme de nuevo por el cuello, y de repente me estremecí; la cenicienta y tétrica niebla de las tardes de invierno rezumaba del suelo, encharcado, e invadía el patio; se había bajado el telón, el escenario estaba vacío; indeciblemente todas las cosas en aquel lugar habían tocado a su fin: ya no había nada más que buscar. Apenas había dado dos pasos fuera de mi escondite cuando me quedé petrificado, con un pie en alto. De la casa en ruinas se alzaba una voz: la voz de una mujer que cantaba.

La voz humana tiene distintas maneras de suspendernos, de tenernos en vilo, con las sienes frías, la respiración cortada y la oreja milagrosamente pegada a la puerta durante unos instantes, clavados en el umbral de un mundo en el que todo ocurre de otra manera, en el que el tiempo regresa, en el que el mero acto de tocar es un aviso, en el que el acontecer mismo se revela a su arbitrio al más puro estilo de una dehiscencia floral, un acontecer que la voz nos presagia mediante su pura vibración. Aquella voz me turbó más que cualquier otra por cuanto era la voz más desnuda que nunca había oído. Más aguda que grave, me parece, aunque puede que esté juzgándola de un modo en extremo banal e indigno por el recuerdo que tengo de ella, pues el sentimiento abrumador de su inminente poder no consentía en circunscribirla a un registro concreto. La lengua me era indudablemente desconocida: es por una predilección de lo más arbitraria por lo que, toda vez que su timbre me vuelve a la memoria, pienso en la lengua gaélica, cuyo nombre y dominio geográfico me encantan y me mueven a hacer caso omiso de su sonoridad, probablemente desapacible y rauca, ya que la voz resucitó en mi espíritu las orillas de Irlanda y, a pesar de todo, convirtió aquella ventana lluviosa en una ventana abierta a Keats.

> … opening on foam
> Of perilous seas, in faery lands forlorn.

La mujer —antiquísima, prodigiosamente aparecida y como por encanto desaparecida del modo más extraordinario— cantaba mucho más allá de la alegría y la tristeza, derramando sobre todas las cosas esa luz que hay antes del despuntar del día, una luz uniforme y justa que parecía fortalecerlas y nutrirlas, una luz que era como un reflejo de limpidez y una impronta de evidencia serena. Pero la voz hablaba de algo más. Cuando, para dar cuenta de la aguda tensión con la que me paralizó, he dicho que era una voz desnuda, creo que deseaba subrayar todo aquello que, en efecto, la palabra evoca de emoción súbita y de primera alerta sensual: aquella voz también era —y hasta resultaba insólito que abrigara tan pocas dudas de ello a partir de tan vagos indicios— la de una mujer desvestida, en concreto la de una mujer que, ociosa, con la mente aún aletargada y sin prisa, se dispone a vestirse. Eso fue lo que creí discernir en el inopinado cambio de volumen de la voz procedente de la ventana abierta, como si a veces la mujer girara la espalda con un movimiento brusco; en el sonido sordo, que a veces creía sorprender, de unos pies descalzos hollando el parqué, y en aquellos silencios repentinamente tensos, semejantes a los de una mujer que se peina ante el espejo o se maquilla con gestos de maga. A la ínfima distancia a la que me encontraba de la casa, casi hundiendo la mirada en aquella habitación cegada, parecía como si aquella voz, más íntima que ninguna otra que jamás hubiera oído, explorara para mí y siguiera, con la misma complacencia que una mano, las infinitas y cautivadoras combinaciones de los ritmos y las líneas de una mujer que camina, se apoya, se inclina, se arquea y gesticula desnuda, y se convirtiera en el comentario lírico —de una riqueza sensual mayor al trasponerse de un modo tan sutil— de un cuerpo que se exhibe con la solemnidad de un cortinaje yendo de una habitación a otra, un cuerpo desposeído de la maniática intimidad de cada uno de sus gestos, un cuerpo suavemente abierto que llama desde las profundidades de su temeraria soledad.

Permanecí allí largos minutos, embelesado, suspenso, respirando únicamente al ritmo del aliento de aquella voz encantada. Cuando intento recordar el estado, distinto a cualquiera que hubiera conocido, en el que me hallaba sumido por completo, me parece que no podría describirlo mejor sino diciendo que era un despertar en toda regla, tanto por la desorientación y la avidez extremas que sentía, como por la naturaleza absorbente y milagrosamente matinal de ambos estados. Pero, al contrario de la emoción pasiva que nos procura la voz de un actor en el teatro, aquel despertar no venía a colorear ni a dar vida a un paisaje interior, como sí lo haría una luz que momentáneamente le

prestara un juego de sol y sombras sin cambiar un ápice de sus perspectivas, fijadas para siempre: la naturaleza de su timbre, que parecía vibrar para mí de manera tan personal y violenta como el rostro que al reconocernos se anima, me recordaba instintivamente que, aún más que para expresar, la voz está hecha para llamar, y aquella voz me llamaba por mi nombre y, orientándose hacia mi luz, descubría algo en mí como descubre cosas el agua que discurre por una red de caminos secretos, buscaba y encontraba en mi corazón un hueco tan cómplice como el que forma el hombro con el cuello para recibir una cabeza conocida. El poder que la voz ejercía sobre mí en gran medida obedecía asimismo al hecho de que me iba revelando con gran sutileza las idas y venidas de la ambigua paseante por las habitaciones vacías, y me unía a ella mediante una especie de hilo de Ariadna, un hilo inmaterial que se estiraba y se aflojaba a su arbitrio, tanto es así que, con todos mis sentidos en tensión, vi claramente que aquello no era sino un juego deliberado y cómplice de la cantante, quien me hacía un hueco para participar, y tal vez fuera yo el único participante, como si hubiera adivinado mi presencia o, mejor dicho, como si la hubiera intuido vagamente al mismo tiempo que la convocaba a través de los fascinantes arabescos de aquella melopea, ofreciéndose y acto seguido ocultándose, sirviéndose de un ardid de la coquetería más exquisita y embriagadora. Iluminado a ratos por un destello de sentido común que, de la manera más brusca, me hacía poner los pies en la tierra, me convencía de que allí no podía haber nada —más fuera del alcance que nunca, para siempre— sino una mujer ociosa que cantaba para ahuyentar su hastío en aquel bosque lluvioso y perdido, y, de pronto, parecida al reflejo que regresa y se desliza sobre un anillo que se ha caído en una fuente, su voz dejaba entrever, como el Oriente de nuestra imaginación, la promesa más descabellada, más improbable y también más indeclinable que una mujer puede dar a entender, más allá de toda palabra, con una sola de esas inflexiones de la voz que retardan los latidos del corazón, que a su paso por el mundo lo bañan con una luz distinta, que en ciertos momentos deciden, de un modo más soberano, nos parece, de lo que alguna vez debió decidirse, por nosotros.

Puede que esa exacerbada facultad de cifrado y descifrado —instantáneos, vertiginosos— de los signos, que por encima de todo constituye la esencia misma y el carácter absorbente del cortejo erótico, nunca la hubiera sentido obrar en mí con semejante sensación de tener un nudo en la garganta y la boca seca, y, al mismo tiempo, con ese sentimiento de desenvoltura que nunca falta y de velocidad casi delirante que me tenía apostado frente a aquella ventana vacía en la que una figura de la que me parecía saberlo todo se negaba, como a placer, a enmarcarse.

Y, sin embargo, lo sentía, lo sabía a ciencia cierta, con la mayor certeza que jamás había tenido en mi vida: ella vendría, ella estaría ahí; un umbral me cerraba el paso hacia donde se imprimirían sus huellas y más allá del cual la imaginación me negaba cualquier favor. Me pareció que la voz bajaba y vacilaba insensiblemente, que perdía su volumen, como si durante unos instantes sonara por inercia, casi de un modo mecánico, y me di cuenta de que la mujer que cantaba caminaba hacia la ventana. Se hizo un silencio absoluto, un silencio que me aguzó el oído y casi la piel, pues tan en tensión la tenía que pensé que se me desgarraría cual lienzo. De buenas a primeras, mucho más cerca de lo que había imaginado, tan próxima que sentí un impacto, en el balcón y, de nuevo inmóvil, la vislumbré o, mejor dicho, vislumbré algo suyo. Bajo el hierro forjado del barandal, sugiriendo que todo su cuerpo, oculto por el toldo de lona, echado muy bajo, se apoyaba en la balaustrada en la postura misma de una atención extrema, sobresalían las puntas de dos pies descalzos. Hubo otro rato de perfecto silencio; luego, despacio, con cautela, tan subrepticiamente como la esquina de una carta secreta que se cuela por debajo de una puerta, algo rebasó la terraza por debajo del borde saliente del toldo: aún más desnuda y secreta que los pies descalzos, la masa —ondulada, pródiga, fabulosa, extendida como una vestidura drapeada— de una larga cabellera rubia. La melena alborotada de una mujer.

TIERRA DE ALEGRÍA

La publicación de cualquier texto inédito de Julien Gracq (1910-2007) es siempre una alegría para sus fieles lectores. Los editores de Corti, Maél Guesdon y Marie de Quatrebarbes, sitúan la redacción de La casa entre 1946 y 1950, es decir, después de que se publicara su segunda novela, Un bello tenebroso (1945), y a la vez que redactaba La orilla de las Sirtes (publicada en 1951, comenzó su escritura en 1946), por la que sería galardonado con el Premio Goncourt, distinción que Gracq, hombre discreto y ajeno a los oropeles literarios, rechazó.

No escaparán al lector las similitudes entre la lóbrega atmósfera otoñal que impregna La casa y la que baña La caída de la casa Usher, de Edgar Alian Poe, a quien Graco leyó con frecuencia y deleite, como quizá tampoco se le pasen por alto las referencias a El cuento del grial, de Chrétien de Troyes, quien se inspiró en la tradición celta y bretona, de las que el historiador Louis Poirier —el hombre tras el seudónimo literario de Julien Gracq— era un gran conocedor. Así pues, no sólo remiten a esta tradición esa última cena eucarística, sino también el motivo de la tierra yerma —la terre gáte de Gracq, asimismo presente en La península (1970) y reflejo de la gaste forest soutaine (la yerma floresta solitaria) de De Troyes— en la que se adentra el narrador de La casa, moderno Perceval en busca de un grial apenas imaginado en un «secreto rapto de curiosidad». Y digo moderno porque el narrador parece penetrar en esa tierra baldía cual si fuera un cineasta cámara al hombro para brindarnos un magnífico travelling de la casa desde que se baja del autobús hasta que la ve de cerca, técnica que el autor asimismo empleó para el personaje de Albert en las páginas inaugurales de En el castillo de Argol (1938), así como para el de Grange en Los ojos del bosque (1958), si bien el propio Gracq afirmaba que el inventor del travelling aeropanorámico, como él lo llamaba, no había sido otro que Balzac en su novela Les Chouans (1828).

En la breve y compacta nouvelle de La casa no faltan las reminiscencias autobiográficas de Louis Poirier: entre 1941 y 1942 hacía semanalmente el trayecto en autobús entre Saint-Florent-le-Vieil y Angers para dar clases en un liceo. Entre semana se alojaba en la

casa que su hermana tenía en esta ciudad y los fines de semana regresaba a la suya. Igualmente, en el texto hallamos varias referencias a la traumática vivencia de la guerra, a la Ocupación alemana y en concreto a la infame brigada del comandante de las SS Oskar Dirlewanger, a cuyos miembros se los conocía con el apodo de Cazadores Negros. No hay que olvidar que a Louis Poirier lo reclutaron en 1939 para luchar en la Segunda Guerra Mundial y que entre 1940 y 1941 fue prisionero de los alemanes en el campo de Elsterhorst, en Silesia.

Ya lo decía Proust en voz del narrador de En busca del tiempo perdido: «Los grandes escritores jamás han escrito sino una sola obra». Así pues, más allá de los ecos autobiográficos, lo que el lector halla en las condensabas páginas de La casa es el imaginario gracquiano en su más pura esencia, páginas en las que el autor va desgranando los temas fundamentales de su narrativa, a saber, la fascinación que muda en deseo o la mujer fatal, los cuales no son sino el vehículo del leitmotiv por excelencia de la narrativa de Julien Gracq, al que el autor dedica algunas de las páginas más bellas y agudas de la literatura del siglo XX: la espera, siempre interminable, una espera que «segundo tras segundo se hace más insoportable en medio de una ociosidad que entrega el alma indefensa a todos los terrores», una espera que «exacerba el nerviosismo», una espera «muda, obstinada, inmóvil, [que] embarga el alma, la cual no puede sino responder a esa insensata, esa maravillosa esperanza» (En el castillo de Argol).

Al contrario que en otras de sus novelas, notablemente en La orilla de las Sirtes, Los ojos del bosque o La península, en La casa el protagonista emprende un viaje sin mapas, por los que el geógrafo Louis Poirier sentía pasión, algo que exacerba la desorientación, pues todo se conjura para llevar al paroxismo el sentimiento de expectativa y, en última instancia, el deseo, ya que, en efecto, la mirada de los héroes masculinos de la narrativa gracquiana es una mirada expectante y cautiva del deseo, una mirada que, inmersa en un continuo suspense, se aguza para desentrañar «el infinito poder de sugestión emboscado en las cosas» y así obtener, cuando menos, un vislumbre de la mujer anhelada, siempre lejana, inalcanzable, fría: recordemos a Christel en Un bello tenebroso («una princesa distante, una esfinge»), a Irmgard en La península (de quien el héroe, tras una jornada de inacabable espera, sólo columbra de lejos, y al final del relato, «la maleta y el vestido claro»), a Mona en Los ojos del bosque («pequeña hada, brujita del bosque» vista por primera vez en lontananza, «casi fundida con la cortina de lluvia»), a Vanessa Aldobrandi en La orilla de las Sirtes («una aparición inesperada» en la balaustrada de los jardines Selvaggi), a Heide en En el castillo de Argol («En las tinieblas de su belleza […] Heide se ocultaba y renacía

sin cesar con el fulgor de una novedad absoluta») o a la misteriosa mujer que canta en gaélico en La casa («prodigiosamente aparecida y como por encanto desaparecida»), todas ellas encarnación del «amor sagrado y el amor profano», mujeres sublimes pero de una belleza perturbadora que ejercen una atracción trágica y «sin respuesta» al mostrarse y desaparecer sucesivamente, al deslumbrar y desvanecerse en el acto.

Y relacionado con el arte de la aparición y la desaparición repentinas de estas magas, encontramos otro de los motivos predilectos de Gracq: la mujer en la ventana. El lector comprobará los paralelismos entre La casa y estas líneas de La orilla de las Sirtes: «La mujer que va a asolar una vida acostumbra a anunciarse a través de estos eclipses indolentes: un golpecito en el cristal de la ventana, de tiempo en tiempo, casi imperceptible pero nítido, seco, con ese acento de percusión que provoca un sobresalto ligero y que no se mezcla con ningún otro ruido: ella ha vuelto a pasar delante de ti, en tu fuero interno lo sabes, y no hay más; tendrás que aguardar, tal vez aguardar mucho tiempo, pero hay en ti un nervio alerta, agazapado, que ya siempre permanecerá a la escucha de ese único ruido, inalcanzable para todo lo demás». Así, ante una ventana, no sólo se aguza la vista, sino el oído: pensemos en que la misteriosa mujer de La casa, antes que una aparición visual, es, como las sirenas que cantan a Ulises, una aparición auditiva. Apariciones que dejan tanto a Aldo en La orilla de las Sirtes como a nuestro narrador en La casa «petrificado[s], con un pie en alto».

Dicho todo esto, La casa concentra los motivos fundamentales del imaginario de Julien Gracq y ofrece esa «elasticidad de construcción de la frase latina» que acostumbraba a emplear. En este sentido, los fieles lectores de Gracq no se adentrarán en una térra incógnita. Pero merced a la inventiva —siempre renovada— y la capacidad de Gracq para transformar en fantasía algo cotidiano y banal —como lo es tomar repetidamente un autobús y atravesar un paisaje monótono—, penetramos un mundo de maravillas a la espera —y acaso con la insensata esperanza— de que esa hada irlandesa de rubia melena alborotada consiga romper el hechizo y convierta «ese bosque sin alegría», esa tierra estéril o terre gáte, en una tierra jubilosa o terre de liesse, la misma que hollamos los lectores de Gracq cada vez que una de sus obras inéditas sale a la luz.

[NB: los pasajes de las novelas de Gracq y Proust citados en este texto son traducción de quien escribe estas líneas a partir de los textos originales en francés.]

VANESA GARCÍA CAZORLA

Madrid, marzo de 2024